

andar por tantas aventuras ó desventuras, y así deshace todo el encantamento. No falta otro tal como yo, que me dijo el otro día, que si á estas hermosas les atasen los libros tales á la redonda y les pegasen á todos fuego, que no sería posible arder, porque su virtud lo mataría; yo no digo nada, y así lo protesto, porque voy por el mundo sin saber adónde, y lo mismo dirán de mí. ¶

¶ Otras hay, que porque vieron un mocito engomado, y aun quizá lleno de gomas, como raso de Valencia, con mas fuentes que Aranjuez, pulidetes mas que Adonis, aderezados para ser lindos, y que se precian dello (como si no fuesen aquellas curiosidades visperas de una hoguera; sea la mujer mujer, y el hombre hombre; quédense los copetes, las blanduras, las colores y buena tez para las damas que lo han menester y se han de valer dello: bástele al hombre tratarse como quien es; muy bien le parece tener la voz áspera, el pelo recio, la cara robusta, el talle grave, y las manos duras), paréceteles á sus mercedes que un lindo destos está siempre con aquella existencia; que no tienen pasiones naturales; no escupen, tosen y viven sujetos á la zarzaparrilla y china, emplastro meliloto, unguento apostolorum, y mas miserias y medicinas que los otros, que pierden el seso y se despulsan por ellos; de manera, que si el freno de la vergüenza no les hiciera resistencia, fueran peores que un demonio suelto. Y si les preguntan á todas, ó á cualquiera dellas, qué veis, qué sentís, qué pensáis, maldita otra respuesta tienen para todo, sino solo decir su gusto. Y si les poneis delante el disparate que hacen, los inconvenientes que se siguen, lo mal que se aconsejan, á todo responden: «yo lo tengo de padecer, y no nadie por mí. Si mal me sucediere, yo me lo tengo de llevar, y por mi cuenta corre; déjenme, que yo sé lo que me hago.» Y no sabe la desventurada lo que se hace ni lo que se dice. Pues ya si se hallan obligadas de confites, de la cintita, del estuchito, del billete que le trujo la moza, y del que le respondió al señor, de que le dió un pellizco, ó le tomó una mano por bajo de la puerta, si no fué un pié: ya, cuando á esto llega, solo Dios podrá remediarlo; no hay medicinas para su mal, tocada está de la yerba. ¶

¶ Mujeres hay también que solo se casan por ser galanas de corazón. Y para poderlo andar, ver y ser vistas, vestirse y tocarse cada día de su manera; pareciéndoles que, porque vieron á la otra un día de fiesta ó toda la semana engalanarse, que luego en siendo casada la traerá su marido de aquella manera, y si mejor, no menos: y que como á la otra trótoló todo, le darán á ella licencia para poder andar desollinando barrios. Aquí entra la pendencia; porque si no le sucede como lo piensa, ó porque su marido no gusta ó no quiere que su mujer esté mas vestida ni desnuda, que para él; y que si el otro lo consiente, quizá no lo hace bien y se lo murmuran, y no quiere que con él se haga otro tanto; por el mismo caso que no la dejan vestir y calzar, holgar y pasear, como la que mas y mejor, no queda piedra sobre piedra en toda la casa, forma traiciones con que vengarse de su desdichado marido, que de bien considerado, conociendo quién ella es, teme que si le diese licencia y alas, le aconteceria como á la hormiga para su perdición; así no se atreve ni consiente. Solo esto basta para que luego ella se arañe y mese, llamándose la mas desdichada de las mujeres; que á Dios pluguiera, que cuando nació, su madre la ahogara ó la hubiera echado antes en un pozo, que puéstola en tan mal poder; que sola ella es la mal casada; que Fulanilla es una tal, y que su marido la trae como una perla regalada; que no es menos ella ni trujo menos dote, ni se casara con él si tal pensara; deshónralo de vil, bajo, apocado, que mejores criados tuvo su padre; que no mereció descalzarle la jervilla. Desventurada de mí! Como en ese regalo me criaron, para eso me guardaron, para que viniédeses vos á traerme desta suerte, hecha

esclava de noche y de día, sirviendo la casa y á vuestros hijos y criados. ¡Mirad quién? mi duelo, como si fuese tal como yo; que sabe Dios y el mundo quién es mi linaje; don Fulano y don Zutano, el obispo, el conde y el duque, sin dejar vellosos ni raso, alto ni bajo de que no haga letanía. Pues ya desdichado dél, si acaso acierta (que nunca le suceda tal á ninguno) á tener en su casa consigo á su vieja madre, á sus hermanas doncellas, ó hijos de otra mujer. Para ellos es la hacienda que mis padres ganaron, con ellos lo gasta, ellos la comen y á mi tratan como á negra. Negra, y á Dios pluguiera que me trataran como á la de N. tal, que por aquí pasa cada día como una reina, con una saya hoy, otra mañana; y yo sola estoy con estos trapos desde que me casé, que no he tenido con qué remendarlos; encerrada, entre aquestas paredes metida; mira con qué peines y con qué rastrillos. ¿Qué se puede responder á esto, sino dejarlo, que sería no acabar el intento que se pretende? ¶

¶ Cásanse otras para que con la sombra del marido no sean molestadas de las justicias, ni vituperadas de sus vecinas ó de otras cualesquier personas. Ya esta es bellquería, suciedad y torpeza: ¿qué se puede mas decir? Son libres, deshonestas y sin honra; hacen como los hortelanos, que ponen un espantajo en la higuera para que no lleguen los pájaros á los bigos. Ellos allí están de manifiesto, para quien el hortelano quisiere y los pagare; pero los pájaros no los piquen, esos no toquen á ellos, no ha de haber quien los corrija, quien los reprehenda, ni quien abra la boca para decirles palabra; porque hay espantajo en la higuera, está el marido en casa. Ellas bien pueden dar ó vender su honra y persona, como quisieren ó como mas gustaren, á vista de todos; pero no quieren que haya justicia que las castigue; pues acontecerás lo que á las viñas; que tendrán guarda en tiempo de fruto, empero presto llegará la vendimia y quedarán abiertas, hechas pasto comun, para que los ganados las huelen, quedando rozadas y perdidas. Hermana, que son caminos esos del infierno; que te llevará Dios el marido por tus disoluciones y desvergüenzas, para que con ese azote seas castigada, saliendo en pública plaza tus maldades; en la balanza que trujiste la honra dél, andará la tuya presto: mas mirad á quién se lo digo, ni para qué me quiebro la cabeza, no temió á su marido, perdió á Dios la vergüenza, y quíerosela poner con estos disparates, que no son otra cosa para ella. ¶

¶ También hay otras que se casan por ver que se pierde su hacienda, y sin dar ellas alguna causa, mas de por ser mozas les traen algunos maldicientes las honras en almueda, ó corren peligro por otras causas. *Del mal el menor*, ya que á Dios no le cabe parte alguna de todos estos matrimonios, que se dirían mejor obras de demonios. Como todas las cosas tienen de bueno ó malo, tanto cuanto lo es el fin á que van encaminadas, y este conocido, se determinan las acciones, que caminan al mismo, y las que se apartan dél, teniéndole siempre mas amor, que las que á él nos guían: así no se ama en las tales el matrimonio por matrimonio; porque solo hacen dél un medio para conseguir su deseo. Y aquestas mujeres tales no caminan derechamente, á lo menos van cerca de acertar presto; empero no tengo por buen matrimonio ni lo es, cuando lleva otro fin, que de solo servir á Dios en aquel estado. Todos estos matrimonios permite Dios, pero en los mas mete el diablo su parte, y no la peor. Bueno y santo es el sacramento, pero tú haces del casamiento infierno. Para quietud se instituyó; tú no la quieres ni la tienes antes, y andas echándole traspas para dar con él en el suelo. No tome ni ponga la doncella ó la viuda su blanco en la libertad, en el salir de sujeción de padres ó tutores; no se deje llevar del vano amor; déjese de su torpeza la que sigue á su sensualidad; y crean si no lo hicieron, que sucederles mal á las unas y á las otras, el no

salir los maridos como pensaron y desearon, ser esclavas después de casadas, tenerlas encerradas, el darles mala vida, perderseles la hacienda, cargar de hijos, vaciarse la bolsa, sobrevenir trabajos, jugar el desposado, amanecerse, tratar mal á sus mujeres, morir á sus manos, nace de los malos fines que tomaron, de adelantar su calidad ó su cantidad, ó por otros ya dichos; por eso solo se perdieron. ¶

¶ Ese idolo de Baal que adoraron, en él se confiaron, pensaron que los pudiera socorrer, librar y defender; empero cuando lo hubieren de veras menester, no hayais miedo ni creais que os ha de enviar fuego con que encendais; no lo tiene ni lo puede dar. Adorais idolos, pues de ninguno habeis de ser socorridos en los trabajos; que son idolos al fin, obras hechas de vuestras propias manos, fabricados por antojo y adorados por solo gusto. Bajará fuego del cielo que consuma el sacrificio, leña, piedras y cenizas, hasta las aguas mismas, en el de Elías, aunque muchas veces lo haya hecho mojar y mas mojar. ¿Sabeis qué son los matrimonios que Dios ordena, y los que haceis por solo ser obedientes á su voluntad, y los consultastes con ella, dejándole á él solo que obrase como mas conviniese á su servicio, sin buscar malos y torpes medios? Que aunque los mojen cien veces las aguas de las persecuciones, hambres, frios, cárceles y mas trabajos de la vida, no impide: fuego del cielo, amor de Dios y su caridad baja que lo consumen. Ella lo arrebató y se lo lleva, poniéndolo presente ante su divina Majestad; para mas méritos de gracia y gloria. Quédeses aquí esto como fin de sermón, y volvamos á mi casamiento, que no debiera. ¶

Padeci con mi esposa como con esposa siete años, aunque los cuatro primeros nos duró tierno el pan de la boda, porque todo era flor; mas cuando íbamos de cuesta, que acudíamos al mediano, y faltaba dinero para él; cuando la basquiña de tela de oro y bordada, ya se vendía el oro, y no quedaba tela ni aun de araña que no se vendiese, y de razonable paño fuera bien recibida; cuando ya no pude mas, que me subía el agua por encima de la boca, porque nunca me constió vender posesion suya ni mia, ni habia crédito en la tienda para dos maravedises de rábanos; víme tan apretado, que por el consejo de mi suegro quise usar de medios de algun rigor. Buenas noches nos dé Dios: comenzó fuera de todo á levantar tal algazara, que como si fuera cosa de mas momento, acudieron á socorrerla los vecinos hasta que ya no cabían en toda la casa: venido á saber la verdad, quiso Dios que no fué nada; vían mi razon, volvíanse á salir; empero no por eso dejaba ella sus lamentaciones, que habia para cien semanas santas: era forzoso para no venir á malas dejarla, por no quedar obligado, en oyéndola, responderle con palabras y obras. Tomaba la capa, salíame de casa, dejábala en sus anchos, que hiciese y dijese hasta que mas no quisiese; y de aquesto se irritaba en mayor cólera, ver que despreciaba lo que me decía. Y puedo confesar con verdad, que de todo el tiempo que con ella viví, jamás me acusé de ofensa que le hiciese.

Dar Dios los bienes ó quitarlos es diferente materia; por no ser en manos de los hombres pasar con ellos adelante, ni estorbar que no vuelvan atrás; no se llamará perdido el que pone sus medios conforme lo hicieron otros con que quedaron remedios, y siente mal quien lo piensa. Solo es perdido aquel que se distrae con mujeres, con el juego, con bebidas y comidas, con vestidos demasiados, ó con otros vicios: entiéndame, señor vecino; con él hablo, bien sabe por qué se lo digo, y quisíerale decir que quizá por su temeridad y mal consejo está desde acá en los infiernos. Haga penitencia y mire cómo vive para que no muera. De modo que no el bien ó mal suceder son causas de discordias, ni se deben mover por eso entre casados; que no tiene un marido mas obligación que á poner toda su diligencia y trabajo; el suceso espere lo que vi-

niere, que harto hace quien le tiene la dote bien parada y mejorada sin habérsela vendido ni mal baratado.

Ella sin duda no se debía de confesar; y si se confesaba no decía la verdad; y si la decía, la debía de adular, de modo que la pudiesen absolver; engañábase á si la pobre, pensando engañar á los confesores. No faltaban con esto alguna genticilla ruin de bajos principios y fundamentos y menos entendimientos, que por adular y complacerla le ayudaban á sus locuras, favoreciéndolas, no dándome oído ni sabiendo mi causa; y estos fueron los que destruyeron mi paz, y á ella la enviaron al infierno; porque de una enfermedad aguda murió sin mostrar arrepentimiento ni recibir sacramento. En dos cosas pude llamarme desgraciado: la primera, en el tal matrimonio, pues de mi parte puse todos los medios posibles en la guarda de su ley; la segunda, en que ya que lo padeci tanto tiempo y perdí mi hacienda, no me quedó carta de pago, un hijo con que valerme de la dote, aunque no me puedo desto quejar; pues en haberme faltado, la desdicha me hizo dichoso; que no hay carga que tanto pese como uno destos matrimonios: y así lo dió bien á sentir un pasajero, el cual yendo navegando y sucediéndoles una gran tormenta, mandó el maestre del navio que alijerases presto de las cosas de mas peso para salvarse, y tomando á su mujer en brazos dió con ella en la mar. Queriéndolo después castigar por ello, escusábase diciendo, que así se lo mandó el maestre, y que no llevaba en toda su mercadería cosa que tanto pesase, y por eso lo hizo. Veis aquí agora mi suegro que nunca conmigo tuvo alguna pesadumbre, antes me acariciaba y consolaba como si fuera su hijo; y volviéndose de mi bando contra su hija, la reprehendía, tanto que viendo como no aprovechaba, nunca quiso entrarle por sus puertas; empero cuando mas aborrecida la tuvo, al fin era su hija, que son los hijos tablas aseradas del corazón; duelen mucho, y quíerense mucho; sintió su falta, pero quedamos muy en paz; encerramos á la malograda (que así se llamaba ella), hicimos lo que debíamos por su alma; á pocos días tratamos de apartar la compañía, porque quiso que le volviese lo que me habia dado con su hija; no halló resistencia en mí, dile cuanto me dió muy mejorado de cómo me lo entregó, agradeciéndome mucho, dimonos nuestros finiquitos, quedando muy amigos, como siempre lo fuimos.

CAPITULO IV.

Viudo ya Guzmán de Alfarache, trata de oír artes y teología en Alcalá de Henares para ordenarse de misa. Y habiendo ya cursado, vuélvese á casar.

Para derribar una piedra que está en lo alto de un monte, fuerzas de cualquiera hombre son poderosas y bastan; con poco la hace rodar al suelo; empero para si se quisiese sacar aquella misma piedra de lo hondo de un pozo, muchos no bastarian, y diligencia grande se habia de hacer. Para caer yo de mi puesto, para perder mi hacienda con el buen crédito que tenia, solos fueron poderosos los desperdicios de mi mujer; empero agora para volverme á levantar, necesario serian otros tios, otros parientes, otra Jénova, y otro Milán, que otro Sayavedra viniere, ó que aquel resucitase, porque nunca mas hallé criado ni compañero semejante con quien poderme llevar, ni me supiera entender. Los bienes y hacienda, cuanto tardan en venir, tan brevemente se van; con espacio se juntan, y apriesa la distribuyen los perdidos. Cuanto hay hoy en el mundo, todo está sujeto á mudanzas y lleno dellas: ni el rico esté seguro, ni el pobre desconfie, que tanto tarda en subir como en bajar la rueda; tan pronto vacía como hinche. Los excesivos gastos de mi casa me dejaron de todo punto vacío de joyas y dineros: pudiera la señora mi esposa con buena conciencia, si ella la tuviera, reconocida de lo que por ella padeci, por los trabajos que de su exorbitancia me vinieron, dejarme alguna pequeña parte de su hacienda;

lo que licitamente pudiera, con que siquiera volviera (solo y recogido) á poner algun tratillo, diera mis mohatras, ocupara por otra parte mi persona en algo que me hiciera la costa, con que pudiera convalecer de la flaqueza en que me dejó; empero no solo en esta ocasion, pero en las mas que se me ofrecieron con mis amigos, podré decir lo que Simónides. Tenia dos cofres en su casa, y decía dellós que solia en ciertos tiempos abrirlos, y que cuando abria el de los trabajos de que pensó y esperaba sacar algun fruto, y le salió incierto, siempre le halló colmado y lleno; empero el otro donde se hallaban las gracias que le daban por el bien que hacia, nunca halló cosa en él, y siempre lo tuvo vacío.

Igualmente fuimos desgraciados este filósofo y yo; una misma estrella parece que influyó en ambos; porque aunque siempre me apasioné por ayudar y favorecer, sin considerar el daño ni el provecho que dello me habia de resultar, ni tomar el consejo de los que dicen, *haz bien y guarde*, puedo juntamente decir que *nunca tuve cabeza que no me saliese tiñosa*. Y siempre, aunque con ellos no perdía, porfiaba, porque borracho con aquel gusto, no reparaba en el daño que me hacian: que cuanto es fácil despojar á un ébrio, es dificultoso á un sóbrio; pueden robar á quien duerme, pero no á quien vela. Nunca velé sobre mí, nunca creí que me pudiera faltar; siempre que lo tuve hice aquesta cuenta, y cuando me hallé necesitado, di en este conocimiento. Aunque fui malo, deseaba ser bueno, cuando no por gozar de aquel bien, á lo menos por no verme sujeto de algun grave mal. Olvidé los vicios, acomodéme con cualquier trabajo, por todas vias intenté pasar adelante, y sali desgraciado de todas. En solo hacer mal y hurtar fui dichoso; para solo esto tuve fortuna: para ser desdichado venturoso. Esta es traza del pecado: favorecer en sus consejos, ayudar á sus valedores, para que con aquel calor se animen á mas graves delitos, y cuando los ve subidos en la cumbre, de allí los despena.

¶ Sube los ladrones por la escalera, y déjalos ahorcados. A diferencia de Dios, que nunca envió trabajo que no frutificase bienes, de los mas graves males mayores glorias, llevándonos por estrecha senda hasta la anchura de la gloria, donde viene á darse á sí mismo. Parécenos cuando nos vemos ahogados en la necesidad, que se olvida de nosotros, y es como el padre que, para enseñar á su hijo que ande, hace como que lo suelta de la mano, déjalo un poco fingiendo apartarse dél; si el niño va acia su padre, por poquito que mude los piés, cuando ya se cae viene á dar en sus brazos, y en ellos lo recibe no dejándolo llegar al suelo; empero si apenas lo ha dejado, cuando luego se sienta; si no quiere andar, si no mueve los piés, si en soltándolo se deja caer, no es la culpa del amoroso padre, sino del perezoso niño. Somos de mala naturaleza, nada nos ayudamos, ninguna cosa ponemos, no queremos hacer diligencia, todo aguardamos á que se nos venga. Nunca Dios nos olvida ni deja; sabe muy bien quitar á los malos en un momento muchos grandes poderes adquiridos en largos años, y darle á Job brevemente con el doblo lo que le habia quitado poco á poco. ¶

Yo quedé tan desnudo, que me vi solamente arrimado á las paredes de mi casa; si cuando tuve me regalaba, ya deseaba tener algo con que poder pasar la vida y sustentarla. Perecia de hambre; acordéme de mi mocedad haber conocido en Madrid un niño bien criado, y de gallardo entendimiento para la edad que tenia. Criábalo una señora, madre suya en amor, aunque no lo habia parido, túvolo siempre muy dotrinado, y juntamente con esto bien regalado. Habíase criado en Granada, donde hay unas uvas pequeñas y gustosas que allí llaman javies; pues como en Madrid no las hubiese, y él niño nunca quería comer de otras que de aquellas de su tierra, cuando vió que no se las daban, viendo unas albillas en la mesa, pidió uvas de las chicas como solia; la madre le dijo: «niño, aquí no hay

uvas chicas que darte, sino estas.» El niño volvió á decir: «pues madre, déme desas, que ya las como gordas.» Ya yo las comia gordas; todo me sabia bien, y nada me hacia mal, sino solo aquello que no comia; que las vueltas de los tiempos obligan á todo, y á valerme de cosas que á nosotros y á él son muy contrarias. Hube de hacer lo que no pensé, para poder siempre decir, que ni el amor propio me hizo dudar, ni el temor temer, sin acometer á todos los medios de que me pudiese aprovechar. Y sin duda, si en una cosa perseveraba, tengo para mí que me valiera della, y por aquel camino; mas era colérico, gastaba el tiempo en principios, y así nunca le via los fines; determinábame á ser bueno, cansábame á dos pasos; era *pie-dra movediza, que nunca la cubre moho*, y por no sosegarme yo á mí, lo vino á hacer el tiempo.

Vimé desamparado de todo humano remedio, ni esperanza de poderlo haber por otra parte ó camino que de aquella sola casa. Púsemé á considerar, ¿qué tengo ya de hacer para comer? Morder en un ladrillo, hacíase duro; poner un madero en el asador, quemariase. Vi que la casa en pié no me podia dar género de remedio; no hallé otro mejor que acogerme á sagrado, y dijeme: «yo tengo letras humanas; quiero valerme dellas, oyendo en Alcalá de Henares, pues la tengo á la puerta, unas pocas de artes y teología, con esto me graduare, que podria ser tener talento para un pulpito; y siendo de misa y buen predicador, tendré cierta la comida, y á todo faltar meterme fraile, donde la hallaré cierta. Con esto no solo repararé mi vida; empero la libraré de cualquier peligro, en que alguna vez me podría ver por casos pasados. El término de pagar lo que debo viene caminando, y la hacienda va huyendo; si con esto no lo reparo, podriame ver después apretado y en peligro. Bien veo que no me nace del corazon; ya conozco mi mala inclinacion; mas quien otro medio no tiene y otra cosa no puede, acometer debe á lo que hallare. No tengo mas que barloventear, esto es, echar la llave á todo, antes que preso me le echen. Valdréme para los estudios del precio desta casa, que bien dispensado, aunque quiera gastar cada un año cien ducados, y ciento y cincuenta, que será lo sumo; aunque me quiera tratar como un duque, tengo dineros para todo el tiempo, y me sobrarán para libros y con qué guardarme. Tomaré para esto una buena camarada, estudiante de mi profesion, porque juntos continuemos los estudios, pasemos las liciones, confirmemos las dudas, y nos ayudemos el uno al otro: consideraba este discurso, y en él tomé resolucion. Mala resolucion, mal discurso, que quisiere saber letras para comer dellas, y no para fructificar en las almas.

¶ Que me pasase por la imaginacion ser oficial de misa, y no sacerdote de misa!; Que tratase de hacerme religioso teniendo espíritu escandaloso!; Desdichado de mí! Desdichado de aquel, si alguno por su desventura no propuso en su imaginacion lo primero de todo el servicio y gloria del Señor. Si trató de su interés, de sus acrecentamientos, de su comida, por los medios deste tan admirable sacrificio; si procuró ser sacerdote ó religioso, mas de por solo serlo y dignamente usarlo; si codició las letras para otro fin que ser luz y darla con ellas. ¡Traidor de mí, otro Judas, que trataba de la venta de mi maestro! Y advierto con esto, que no hace otra cosa todo aquel que tratare de ordenarse de misa ó meterse fraile, solo puesta la mira en tener que comer ó que vestir ó gastar. Y traidor padre, cualquiera que sea, si obligare á su hijo contra su inclinacion, que sin voluntad lo haga, porque su agüelo, su tío, su pariente ó deudo dejó una capellanía en que lo llamaba por cereano. ¿Qué piensa que hace; ó cuando le mete fraile por no tener hacienda que dejarle ó por otras causas mundanas y vanas? Que por maravilla de ciento aciarta el uno, y se van después por el mundo perdidos apóstatas, deshonorando su religion, afrentando su hábito, po-

mendo en peligro su vida, y metiendo en el infierno el alma. Dios es el que ha de llamar, y el que ungió á David; él es quien elige sacerdotes. El religioso, por él ha de serlo, tomándolo por fin principal, y todo lo mas por acesorio; que claro está y justo es que quien sirve al altar coma dél; y seria inhumanidad, habiendo arado el buey, después del trabajo atarlo á la estaca sin darle su pasto. Abra cada cual el ojo, mirelo bien, primero que como yo se determine. Considere á lo que se pone, y qué peligro corre. Pregúntese á sí mismo, qué le mueve á tomar aquel estado; porque caminando á oscuras dará de ojos en las tinieblas. Lucidísimo, puro y mas limpio que el sol ha de ser el blanco del buen sacerdote y religioso. No piensen los padres que, por dar de comer á sus hijos, los han de hacer de la Iglesia; no por ser cojos, flacos, enfermos, inútiles, faltos, ó mal tallados, han de dar con ellos en altar ó en la religion; que Dios de lo mejor quiere para su sacrificio, y lo mejor que tiene nos da por ello, que si mala eleccion hiciéredes os quedareis en blanco: reservastes lo mejor para vos, pues aquece os llevará Dios, y quedareis los ojos quebrados, falto de ambos, del malo que le distes, y del bueno que os llevó. No se han de trocar los frenos, porque no se descompongan los caballos; y quedareis su bocado á cada uno, que no haria buen casado un continente, y seria malo un lacivo para religioso. Muchas moradas hay en la gloria, y para cada una su senda derecha. Tome cada cual el camino que le guia para su salvacion, y no se vaya por el del otro, que se perderá en él, y pensando acertar nunca verá lo que desea ni lo que pretende. Disparate gracioso seria si, para ir yo de Madrid á Barajas, me fuese por la puente Segoviana, pasando á Guadarrama; ó queriendo ir á Valladolid, me fuese por Sigüenza. ¿No veis el descamino, conoceis la locura? El virgen sea virgen, el casado sea casado, absténganse los continentes, el religioso sea religioso, váyase cada uno por su camino adelante, y no lo tuerza. ¶

Tomé resolucion en hacerme de la Iglesia, no mas de porque con ello quedaba remediado, la comida segura, y libre de mis acreedores, que llegados los diez años habian de apretar conmigo. Con esto los daba un gentil tapa-boca, cerrábales el emboque, y dejábalos muy feos. Vendí mi casa casi por lo mismo que me habia costado; porque aunque de las labores por maravilla suele sacarse lo que se gasta, la mia vino á llegar á poco menos de todo el costo, porque le dió de mas valor haberse mejorado con otros edificios aquel barrio, y así la mejoró el tiempo. Cuando tuvo el escribano las escrituras hechas, á punto para otorgarse por las partes, dijo que primero y ante todas cosas habíamos de ir á casa del señor del censo perpetuo á tomar por escrito su licencia, requiriéndole si las queria por el tanto, y á pagarle los corridos con la veintena. Cuando allá llegamos y se hizo la cuenta, hallamos que los corridos no llegaban á seis reales, y pasaba de mil y quinientos la veintena. Parecióme cosa cruel y fuera de toda policia que se le hubiese de dar una cantidad semejante, que montaba mucho mas de lo que costó de principal el suelo: no los queria pagar; mas porque la venta no se deshiciese, y la ocasion de mi remedio se pasase, paguélos; con protestacion que hice de pedírselos por justicia, por no debérselos. El dueño se rió de mí, como si le hubiera dicho alguna famosa necesidad, y bien pudo ser; que á mí por entonces no me lo pareció. Pregúntele, que de qué se reía, y dijo, que de mi pretension, y que me los volveria luego todos, porque cada dia le diese medio real hasta que saliese con la sentencia del pleito. Casi lo quise aceptar, pareciéndome que no seria parte la mala costumbre para que, averiguado el dolo, no se deshiciese; y no solo esto que digo, mas aun que todo el reino lo pedía en cortes y por su propio interés, como bien universal de la república, saliera por mí á la causa en cuanto se proveyese de remedio dello.

¶ No iba tan fuera de propósito, ni con tan flacos fundamentos; que con lo que sabia entonces creí sustentar en pié mi opinion, pareciéndome ciencia cierta. Pudiera ser que la defendiera un poco, y quizá un mucho, y tan mucho, que diera con él y con todos los deste género en el suelo: como se hizo un tiempo con algunos censos al quitar que corrian entonces, por haberse hallado cierta especie de usura en ellos. La causa que tuve para defenderme fué, ver que nacia de un discurso de natural razon, considerando que solo della tuvieron principios las leyes todas, y que por ser este negocio no tan corriente por el mundo, no se reparaba en él; pero que si con alguna curiosidad se quisiese advertir, hallarian algo de acedo, por donde, cuando no se quitase todo, se remediaría mucha parte. Porque supuesto que no vale mas una cosa de aquello que dan por ella, y aquesto que se da, que debe ser terminado, finito y cierto; si á mí me vendieron aquel suelo en precio de mil reales, con dos de censo perpetuo, y no hubo persona que mas por él diese ni mas valia, yo gasté largos tres mil ducados de mi dinero; si es verdad y regla del derecho que ninguno puede hacerse rico de ajena sustancia, ¿por qué aquel con la mia lo ha de ser? Que aquesto que le da este mas valor al suelo sea hacienda mia, ya consta; porque si aquella misma fábrica se desbaratase luego, volveria el fundo á quedar en el mismo punto que antes, al tiempo y cuando lo compré. Y mas parecia llevar esta veintena pena de delito por haber labrado, que deuda justa, pues nace de caso injusto. ¶

¶ De tal manera es verdad lo dicho, que si este mismo dia que vendí esta casa, tuviera puesta en ella una columna ó estatua de piedra de mucho valor, y comprándomela con la misma casa, me dieran por todo junto diez mil ducados, y de todos ellos me habian de llevar la veintena; si yo por escusarla pude quitar y quité la estatua, y vendí la casa en solos dos mil; pude hacerlo muy bien y no se me pudo pedir otra cosa demás del precio de la casa. Vamos pues adelante con esto: si después quitase la reja, la viga y la ventana; si desbaratase las paredes, y de casa de diez mil ducados la hiciese de ciento, también podria; y pude vender sin cargo de la veintena todo aquello que quité y separé de la casa; ¿pues cómo se compadece, que las partes no deban cada una de por sí á solas, y juntas formen débito? Si el dueño dijese, hasme de pagar veintena del precio en que primero compraste aqueste fundo que fué de aquellos mil reales, y con aquella carga determinada y cierta fuese corriendo siempre, tendria razon, fundado en el dominio directo, y que aquello se vendió con aquella condicion de precio determinado, lo cual yo aceté de mi voluntad. Empero, ¿cómo me pudo él obligar ni yo consentir en pagar lo que no se pudo saber qué ni cuánto habia de ser, y que pudiera subir á tanto exceso, que solo con aquella veintena se pudiera comprar un pueblo? Y como fueron los que gasté tres mil ducados, pudiera ser treientos, treinta, ó treinta mil, y aquella casa pudo venderse treinta veces en un año, que fuera un excesivo y exorbitante derecho; y aquesto ni lo es de civil ni canónico, ni tiene otro fundamento que nacer del que llamamos de las gentes, y no comun sino privado; porque lo pone quien quiere, y no corre generalmente, sino en algunas partes, y en término de cuatro leguas lo pagan en unos pueblos, y en otros no. En especial en Sevilla, ni en la mayor parte del Andalucía no lo conocen, jamás oyeron tal cosa. ¶

El censo perpetuo que se funda, ese para siempre se paga, sin otras adehalas ni sacaliñas, aunque la posesion se venda cien mil veces. Para que fuese licito llevar la veintena, debiera ser ley comun, aprobada y consentida en el reino; mas no lo es ni lo fué, sino solo aprobada de los ignorantes, y el yerro de los tales no puede hacerla. Si el censo al quitar ha de tener tantas calidades, para poderse llevar, y se sabe ya lo que dél se tiene de pagar,

á tanto por ciento, ¿qué causa puede haber para que no se trate de los perpetuos? ¿Qué gabela es esta, qué razón hay para pagarla, de qué parte se debe, si del precio en que compré, ó del en que vendo, pagando derechos de mi propio dinero, de mis espensas, mejoramientos, y de mi propia industria? Cuanto que mirado el caso así desnudo, si por allá no se le halla corriente, parece injusto quitarme la hacienda que con buena fe y título gasté, ó la de mi mujer y mis hijos, de que las mas veces y de ordinario se pierde la mitad en los edificios. Pues ¿cómo se puede permitir, que no solo venga mi caudal á menos por el beneficio de aquel suelo, mas que también haya de pagar y perder lo que me llevan de veintena? Y cuando se haya de pagar, como se paga enteramente, véase, trátese dello y determinese; que siendo definido, quedaremos con satisfacción que se consultó, que lo miraron buenos entendimientos, que fué justo, y de otra manera el pueblo vive con escándalo; porque, hablando todos deste agravio, unos le tienen por injusticia, y no falta quien dice mas adelante, dándole peores nombres.}

Esto me pasó entonces con su dueño, y él y yo sabíamos poco; quisome replicar diciendo que aquello habia sido condicion del contrato, y que hace fuerza, porque á tanto quiera obligarse uno de su voluntad, como quedará obligado. Esto no me satisfizo; porque le respondí con la verdad, que también seria condicion de un contrato, si yo prestase cien ducados, los cuales me habian de pagar dentro de tanto tiempo, y no lo haciendo me habian de dar ocho reales cada dia, hasta que me pagasen el principal, y esto no es licito; de manera, que para justificarse una cosa no solo basta ser condicion contratada y consentida, mas que sea permitida y licita. Volvíome á decir: por eso va en ventura, que la casa se venda, que si no se vendiere no se me debe. ¡Oh, qué buena razón! le dije; luego porque la casa se venda, viene á ser la veintena del contrato la pena. Y si lo es, ¿por qué me atas las manos y prohibes que no las pueda vender á tales y tales personas? Tú mismo con lo que dices dañás el contrato. Abres puertas para que siempre te paguen, vendas la cosa por lo que vale, y quieras tener indios que te den el sudor de su rostro, y trabajen para tí, no por otra cosa que haber mejorado tu fundo y asegurándote mas el censo; hacen de mejor condicion tu hacienda, con menoscabo y pérdida de la suya, ¿y quieres llevarles de veinte uno por ello? Aun si lo hicieran con mala fe, pudieras pretender tu derecho; empero de aquella posesion de que ya quedaste ajeno, y me constituiste dueño en tu lugar, de lo que yo pude conforme á mi eleccion quitar y poner, ¿que aun haya de pagarte pension de mi gusto! De las estatuas, de las pirámides, de las fuentes, de cuyos conductos y aguas yo siempre soy señor, y lo puedo volver á enajenar todo sin que tengas en ello parte, ¿quieres que se te adjudique, porque dices que sigue al todo? De todo punto no lo entiendo, ni creo poderse llevar en justicia, en cuanto por los que saben y pueden determinarlo no saliere determinado. Paguéle, aunque no quise, dejando hecho aquel protesto; comencé á seguir mi pleito, llegábase ya el tiempo de mi curso, dejélo por acudir á lo que mas me importaba; y dando cuidado á un amigo solicitador y á mi suegro, dejé con otros cuidados este. Recogí mi dinero, púselo en un cambio, donde me rendia una moderada ganancia, iba gastando de todo ello lo que habia menester; hice manteo y sota-na, junté mi ajuar para una celda, y fuíme de allí á Alcalá de Henares, que muchas veces lo habia deseado. Cuando allá me vi, quedé perplejo en lo que habia de hacer, no sabiéndome determinar por entonces á cuál me seria mejor y mas provechoso, ser camarista ó entrar en pupilaje.

Ya yo sabia qué cosa era tener casa y gobernarla, de ser señor en ella, de conservar mi gusto, de gozar mi li-

bertad: hacíase me trabajoso, si me quisiese sujetar á la limitada y sutil racion de un señor maestro de pupilos, que habia de mandar en casa, sentarse á cabecera de mesa, repartir la vianda para hacer porciones en los platos, con aquellos dedazos y uñas, corvas de largas como de un avestruz, sacando la carne á hebras, estendiendo la ministra de hojas de lechugas, rebanando el pan por evitar desperdicios, dándonoslo duro porque comiésemos menos, haciendo la olla con tanto gordo de tocino, que solo tenia el nombre, y así daban un brodio mas claro que la luz, ó tanto, que facilmente se pudiera conocer un pequeño piojo en el suelo de la escudilla, que tal cual se habia de migar ó empedrar, sacándolo á pison; y desta manera se habian de continuar cincuenta y cuatro ollas al mes, porque teniamos el sábado mondongo. Si es tiempo de fruta, cuatro cerezas ó guindas, dos ó tres ciruelas ó albarcoques, media libra ó una de higos, conforme á los que habia de mesa, empero tan limitado, que no habia hombre tan diestro que pudiese hacer segundo envite. Las uvas partidas á gajos, como las merienditas de los niños, y todas en un plato pequeño, donde quien mejor libraba, sacaba seis; y esto que digo no entendais que lo dan todo cada dia, sino de solo un género, que cuando daban higos, no daban uvas, y cuando guindas, no albarcoques. Decia el pupilero, que daba la fruta terciadas, y que por nuestra salud lo hacia. En tiempo de invierno sacaban en un plato algunas pocas de pasas, como si las quisieran sacar á enjugár, estendidas por todo él; daba para postre una tajadita de queso, que mas parecia viruta ó cepilladura de carpintero, segun salia delgada, porque no entorpeciese los ingenios, tan llena de ojos y trasparente, que juzgara quien la viera ser pedazo de tela de entresijo flaco. Medio pepino, una sutil tajadita de melon pequeño, y no mayor que la cabeza.

Pues ya si es dia de pescado, aquel potaje de lantejas como las de Isopo; y si de garbanzos, yo aseguro no haber buzo tan diestro que sacase uno de cuatro zabudillas, y un caldo propio para teñir tocás. De castañas lo solian dar un dia de antipodio en la cuaresma, no con mucha miel, porque las castañas de suyo son dulces, y daban pocas dellas, que son madera. ¿Pues qué diré del pescado? Aquel pulpo y bello puerro, aquella belleza de sardinas arencadas que nos dejaban arrancadas las entrañas, una para cada uno y con cabeza si era dia de ayuno, porque los otros dias cabiamos á media. ¿Pues el otro pescado que el abad dejó y nos lo daban á nosotros? ¿Aquel par de huevos estrellados como los de la venta ó poco menos, porque se compraban en junto para gozar del barato, y conservábanlos entre ceniza ó sal porque no se dañasen, y así se guardaban seis y siete meses? Aquel echar la bendicion á la mesa, y, antes de haber acabado con ella, ser necesario dar gracias, de tal manera, que habiendo comenzado á comer en cierto pupilaje, uno de los estudiantes que senta mucho calor y habia venido tarde, comenzó á desbrochar el vestido, y cuando quiso comenzar á comer, oyó que ya daban gracias, y dando en la mesa una palmada, dijo: silencio, señores, que yo no sé de qué tengo de dar gracias, ó dénlas ellos.

La ensalada de la noche muy menuda, y bien mezclada con harta verdura, porque no se perdía hoja de rábano ni de cebolla que no se aprovechase, poco aceite, y el vinagre aguado, lechugas partidas, ó zanahorias picadas, con su buen orégano. Solian entremeter algunas veces, y siempre por el verano, un guisadito de carnero: compraban de los huesos que sobraban á los pasteleros, costaban poco y abultaban mucho; ya que no teniamos que roer, no faltaba en que chupar; al sabor del caldo nos comiamos el pan; y unas aceitunicas acebruchales, porque se comiesen pocas; un vino de la Pasion, de dos orejas, que nos dejaba el gusto peor que de cerveza. ¿Qué diré del cuidado que la mujer ó ama del pupilero tenia en venir-

aos á notificar los ayunos de la semana, para que no pidiésemos los almeizos? ¿Aquel comutar de cenas en comidas, que ni valian juntas para razonables colaciones; que cuando nos las daban venian mas ajustadas que azafrán, con el peso de cuatro unzas por todo, como si el casuista que lo tasó acaso supiera mi necesidad; ó como si en razon de nuestros estudios y de las malas comidas no le pudiéramos argüir que debian reservarnos con los mas, pues entramos en el número de trabajadores; ó como si la vianda que nos dan fuese congrua para nuestro sustento, pues todo era tan limitado, tan poco y mal guiado, como para estudiantes y en pupilaje, que son de peor condicion que niños de la dotrina, que traen los estómagos pegados al espinazo, con mas deseo de comer que el entendimiento de saber?

Solia decirnos algunas veces nuestro pupilero, que decia Marco Aurelio, que los idiotas tenian dieta de libros, y andaban hartos de comida; que solo el sabio, como sabio, aborrece los manjares, por mejor poderse retirar á los estudios; que á los puerros y en los caballos estaba bien la gordura, y á los hombres importaba ser enjutos; porque los gordos tienen por la mayor parte grueso el entendimiento, son torpes en andar, inválidos para pelear, inútiles para todo ejercicio, lo cual en los flacos era por el contrario. Yo me holgaba confesarle aquesto, con que no me negara otra mayor verdad, que poco y mal comer acaban presto la vida; y si no tengo de lograr mis estudios, en vano se toma el trabajo dellos. Ved por mi vida, ¿cuál balcon salió á caza, que primero no lo cebasen? ¿Qué podencó, qué galgo, qué lebrél salió al monte, que lo llevasen hambriento? Tengan y tengamos, que bueno es en todo el medio. Aquí les confesaremos que no se ha de comer hasta hartar, si nos conceden, que no habemos de ayunar hasta dejarnos caer, que habia estudiante de nosotros que se le conocian ahilarse los excrementos en el estómago. Con todo esto lo elegí por de menor inconveniente, pareciéndome, que siendo como era ya hombre, si tomase camarada, lo habia de hacer con otro igual mio, y que como somos diferentes en rostros, tenemos diferentes las condiciones, y pudiera encontrar con quien pensando aprovechar en las letras, me acabase de dañar con vicios, cursándolos mas que las escuelas. *Del mal el menos*; hiceme pupilo, teniendo por mejor tropellar con el que dirán, de ver á un jayán como yo, con tantas barbas como la mujer de Peñaranda, metido entre muchachos. Consolábame, que también habia entre nosotros algunos casi como yo, y estábamos mezclados como garbanzos y chochos. Con esto estaba libre de todo género de cuidado; no me lo daba la comida, ni el buscarla ó proveerla; quedaba libre para solo mi negocio, y todo en todo. Escusábame de amas, que son peores que llamas, pues lo abrasan todo.

¿Amas dije? No seria bueno darles una razonable barradura, ó siquiera un repelón? A las de los estudiantes digo, que son una muy honrada genticilla. ¿Qué liberales y diestras están en hurtar, y qué flojas y perezosas para el trabajo! ¿Cómo limpian las arcas, y qué sucias tienen las casas! Ama soliamos tener que sisaba siempre de todo lo que se le daba un tercio; porque del carbon, de las especias, de los garbanzos y de todas las mas cosas, ya cuando no podia hurtar el dinero, guardábalas en especie, y en teniéndolo junto, nos lo vendian, hacian blanquear para ello, y gastaban de lo que habian llegado. Si habian de lavar, hurtaban el jabon, y á puros golpes en las piedras, con abundancia del agua del rio, hacian blanquear la ropa en detrimento suyo, porque le quitaban dos tercios de la vida. No solo nos hacian el daño del sisar, empero destruianlo todo. Sabido para qué lo hacian, ó en qué lo gastaban, era con el capigorrista de sus ojos, á quien traian en los aires; para ellos hurtaban el pan, cercenaban las ollas, apartando el puchero de lo mejor y mas florido;

si acaso estaba en casa, le daban el hervor de la olla, sopitas avahadas, carne sin hueso, ropa enjabonada, y sobre todo bien remendados de nuestra sustancia.

Ellas en fin, son perjudiciales, indómitas y sisantes; peores mucho que un mochilerillo de un soldado, que sisaba de un pastel, y de ocho maravedis doce; porque del pastel alzaba la tapa y sorbiale el caldo; y enviándolo por vino, se quedaba con los ocho maravedis que le daban para él, y vendia el jarro por un cuarto; venia luego llorando y diciendo que se le habia derramado el vino, quebrándose el jarro. Jamás vino á casa cuarto de carnero, que poco á poco no le faltase un quinto y le quitase el riñon, diciendo que á devocion del bienaventurado san Zoilo, y así nunca se comian; pero no era tan devoto su estudiante, que á todo hacia, y para él no habia de haber cosa en que no se le adjudicase su parte, y muchas veces todo, diciendo: «aquí lo puse, allí estaba, el gato lo comió, allí lo dejé.» No le faltaban achaques para sisar y hurtar cuanto querian: pues queriedles apretar, limitar ó ir á la mano en algo, y hablad una sola palabra que no les venga muy á cuento; no hay vecino en el barrio, no hay tienda, taberna ni horno, donde no cuenten luego vuestra vida y milagros; que sois un malaventurado, apocado, hambriento, mezquino, de mala condicion, gruñidor; que les tentais los huevos á las gallinas, que veis cómo se espuma la olla, que atáis el tocino para echarlo dentro, y con solo un cuarto del haceis toda la semana, porque se vuelve á sacar y se guarda. Váseos de casa, y quereis traer otra: no la hallareis que por la puerta os entre, y habeis de serviros á vos mismo; porque luego le dicen, y ella se informa, primero que os entre á servir, lo que la otra dijo de vos, y por lo que se fué. Quien se quisiere servir, por todo ha de pasar con ellas, á nada se les ha de replicar, su voluntad han de hacer, y aun mal contentas.

Acontecióme antes de casado recibir en mi casa una mujer, y ser tan puerca, floja y de mal servicio, que la despedí al tercero dia; luego recibí otra que venia con valeciente, y recayendo en la enfermedad, solo me sirvió dos dias, que se volvió al hospital; trujéronme otra luego, tan grande ladrona, que mandándole asar un conejo, lo hizo pedazos para guisarlo en cazuela, y solo sacó á la mesa la cabeza, piernas y brazos, porque lo mas hizo dello lo que quiso; y viendo semejante bellaqueria, solo aquel dia estubo en casa; despedíla para por la mañana. Cuando los vecinos vieron que habia tenido en seis dias tres mujeres, y que cada una, cuando salia, iba rezando y murmurando de mí, levantóse una mala voz, pusieronme cien faltas; y tanto, que mas de veinte dias fui á comer al bodegon, que ninguna mujer queria venir á mi casa por las nuevas que de mí le daban, hasta que un amigo me trujo una peor de todas; porque se amancebaba con cuantos la querian, y á todos los traia en retortero: quisela luego echar; pero no me atreví, por amor de la mala voz de mis vecinos; y digo verdad, que tuve á esta causa por menos inconveniente despedir la casa y mudarme á otro barrio, sufriendo hasta entonces á esta mujer, que despedirla, y así lo hice. Si estais en casa, quieren salir fuera; si vais fuera, quieren quedar en casa; si huelgan, piden para lino; si se lo dais, os infaman de casero, y nada desto hacen sin su misterio: licencia os doy que lo sospecheis, como no penseis que son malas de sus personas; pues hasta hoy se ha visto ama, como no sea de estudiantes, que haga semejante vileza. No se amancebarán con el mozo de plaza ni con el lacayo, ni hurtarán, aunque lo hallen rodando por el suelo. No estimaba ni sentia tanto ver que me robaban la hacienda, ó estar amancebadas, aunque no lo debiera consentir en mi casa, cuanto que me quisiesen quitar el entendimiento, privándome del; que con mentiras y lágrimas quisiesen acreditar sus embalecos; de manera que sabiendo yo la verdad muy clara,

viendo á los ojos presente su maldad, su bellaquería y mal trato, me obligasen á tenerlo por bueno y santo: esto me sacaba de juicio.

Mucho se padece con ellas en todo tiempo y de cualquiera edad; si son viejas, malas, y si mozas peores; y si esto es una sola, ¿qué se padecerá donde son menester dos? Dichoso aquel que las puede escusar y servirse de menos; porque no hay cuando peor lo sirvan, que cuando tienen mas que lo hagan. Con todo esto protesto, que no lo digo por la señora ama que me oye, que yo sé y la conozco por muy mujer de bien, y que lo perdonará todo porque le den un traguito de vino. Asistí en mi pupilaje, sufrí por no sufrirlas, reparaba las faltas, teniendo en mi aposento algunas cosas prevenidas de regalo, con que se iba pasando menos mal, entreteniéndolas cuando era necesario. Eso teníamos bueno: que nos consentían asar una lonja muy gentil de tocino, por solo que las convidásemos á ella, y lo tomaran de partido los pupileros cuatro días en la semana. Desta manera, después de haber oído las artes y metafísica, me dieron el segundo en licencias, con agravio notorio á voz de toda la universidad, que dijeron haberme quitado el primero, por anteponer á un hijo de un grave supuesto della. Entré á oír mi teología; comencéla con mucho gusto, porque lo hallaba ya en las letras, con el cebo de aquel dulcísimo entretenimiento de las escuelas, por ser una vida hermana en armas de la que siempre tuve.

¿Dónde se goza mayor libertad? ¿Quién vive vida tan sosegada? ¿Cuáles entretenimientos, de todo género dellos, faltaron á los estudiantes, y de todo mucho? Si son recogidos, hallan sus iguales; y si perdidos, no les faltan compañeros. Todos hallan sus iguales como los han menester, y los estudiosos tienen con quién conferir sus estudios; gozan de sus honras, escriben sus lecciones, estudian sus actos, y si se quieren espaciarse, son como las mujeres de la montaña; donde quiera que van llevan su ruca, que aun arando filan. Donde quiera que se halla el estudiante, aunque haya salido de casa con solo ánimo de recrearse por aquella tan espaciosa y fresca ribera, en ella va recapacitando, arguyendo, confiriendo consigo mismo, sin sentir soledad, que verdaderamente los hombres bien ocupados nunca la tienen.

Si se quiere desmandar una vez en el año, alojando al arco la cuerda, haciendo travesuras con alguna bulla de amigos, ¿qué fiesta ó regocijos se iguala con un correr de un pastel, rodar un melon, volar una tabla de turrón? ¿Dónde, ó quién lo hace con aquella curiosidad? Si quiere dar una música, salir á rotular, á dar una matraca, gritar una cátedra, ó levantar en los aires una guerrilla por solo antojo, sin otra razón ó fundamento, ¿quién, dónde ó cómo se hace hoy en el mundo, como en las escuelas de Alcalá? ¿Dónde tan floridos ingenios en artes, medicina y teología? ¿Dónde los ejercicios de aquellos colegios teólogo y trilingüe, de donde cada día salen tantos y tan buenos estudiantes? ¿Dónde se hallan un semejante concurrir en las artes los estudiantes, que siendo amigos y hermanos, como si fuesen fronteros, están siempre los unos contra los otros en el ejercicio de las letras? ¿Dónde tantos y tan buenos amigos? ¿Dónde tan buen trato, tanta disciplina en la música, en las armas, en danzar, correr, saltar y tirar la barra, haciendo los ingenios hábiles y los cuerpos ágiles? ¿Dónde concurren juntas tantas cosas buenas, con clemencia de cielo y provision de suelo; y sobre todo una tal iglesia catedral, que se puede justamente llamar Fénix en el mundo por los ingenios della? ¿Oh madre Alcalá! ¿Qué diré de tí que satisfaga, ó cómo para no agraviarte callaré, que no puedo? Por maravilla conocí estudiante notoriamente distraído, de tal manera, que por el vicio (ya sea de jugar ó cualquiera otro) dejase su fin principal en lo que tenía obligación, porque lo teníamos por infamia. ¿Oh dulce vida la de los estudian-

tes! Aquel hacer de obisillos, aquel dar trato á un novato, meterlo en rueda, sacarlo nevado, darle garrote al arco, sacarle la patente, ó no dejarle libro seguro ni manteo sobre los hombros; aquel sobornar votos, aquel solicitarlos y adquirirlos, aquella certinidad en los de la patria, el empeñar de prendas en cuanto tarda el recuero; unas en pastelerías, otras en la tienda; los Scotos en el buñolero, los Aristóteles en la taberna, desencuadrado todo; la cota entre los colchones; la espada debajo de la cama; la rodela en la cocina; el broquel con el tapadero de la tinaja. ¿En qué confitería no teníamos prenda y taja cuando el crédito faltaba?

Desta manera, con estos entretenimientos, proseguí mi teología; y cuando cursaba en el último año, ya para quererme hacer bachiller, mis pecados me llevaron un domingo por la tarde á Santa María del Val. Romerías hay á veces, que valiera mucho mas tener quebrada una pierna en casa. Esta estacion fué causa y principio de toda mi perdición; de aquí se levantó la tormenta de mi vida, la destruición de mi hacienda y acabamiento de mi honra. Salí de mi casa con sola intención de visitar esta santa casa; hícelo, y al entrar en la iglesia vi un corrillo de mujeres, y entre ellas algunas de muy buena gracia; llevéme la costumbre á la pila del agua bendita; zabullí la mano dentro, dime con una poca en la frente, pero siempre los ojos en el pié de hato. Sin mirar al altar ni considerar en el sacramento, asenté la rodilla en el suelo, sacando adelante la otra pierna como balletero puesto en acecho; en lugar de persignarme, hice por cruces un ciento de garabatos, y fuíme derecho adonde vi la gente; mas, antes que llegase, vi que se levantaron, y saliendo de allí se fueron por entre los álamos adelante á la orilla del río, y sobre un pradillo verde, haciendo alfombra de su fresca yerba, se sentaron en ella. Seguílas yo de lejos hasta ver dónde paraban, y viéndolas con un poco de reposo, y que ya sacaban de las mangas algunas cosas que llevaron para merendar, me fui acercando á ellas. Eran una viuda mesonera con sus dos hijas, mas lindas que Polux y Castor; iban con otras amigas no de poca buena gracia; mas la que así se llamaba, que era la hija mayor de la mesonera, de tal manera las aventajaba, que parecía traerlas arrastradas: eran estrellas, pero ni Gracia el sol.

Yo era conqúidísimo; habia mas de siete años que residia en Alcalá, y siempre muy bien tratado y tenido por uno de los mejores estudiantes della, y acreditado de rico; las mozelas eran triscadoras y graciosas; ya querían comenzar á merendar, cuando burlando quise meterme de gorra; empero de veras me la echaron, pues por ellas me la puse. Dejando esto en este punto, antes de continuarlo conviene advertiros, que con los gastos de los estudios en libros, en grados y vestirme, íbamos casi ajustando la cuenta yo y mi hacienda: teniala, pero tan poca, que no pudiera con ella ordenarme; y como antes de tomar el grado de bachiller en teología, era necesario tener órdenes, y estas era imposible por faltarme capellanía, no tuve otro remedio que acudir á pedirselo á mi suegro, con quien siempre me comuniqué, porque nunca hasta entonces habia faltado la amistad; él me puso ánimo, dándome consejo y remedio juntos; que quien puede, poco hace cuando aconseja, si no remedia. Dijo que me haria donacion de las posesiones de la dote de mi mujer, diciendo dárme las para que se fundase cierta capellanía que yo sirviese por su alma, y que por otra parte le hiciese declaracion de la verdad, obligándome á volvérselas, cada y cuando me las pidiese.

Aun hasta para en esto son malas estas contra-escrituras; pues dan lugar contra lo establecido por santos concilios, corriendo tan descaradamente sin temor de las gravísimas penas y censuras en que se incurre por semejante simonia. ¿Válgame Dios, y cómo á tan grave daño

se debiera cortar el hilo! Mas por no hacerlo yo al mio que llevo, agradeciselo mucho; beséle las manos, viendo cuán de buena voluntad se queria ir conmigo mano á mano paseando hasta el infierno, por tenerme compañía. ¿Diré aquí algo? Ya oigo decirnos que no; que me deje de reformaciones tan sin qué ni para qué. No puedo mas; pero si puedo, Guzmán amigo, ¿esto por ventura corre por tu cuenta, ni nada dello? No por cierto. ¿Piensas que tú solo eres el primero que lo siente, ó que serás el último en decirlo? Dí lo que te importa y hace á tu propósito: que dejaste las mozas merendando, el bocado en la boca, y á los demás suspensos de las palabras de la tuya. Vuélvonos á contar tu cuento, y quédese aqúese así, para quien hiciere al suyo.

Razon pides, no te la puedo negar; y pues con tanta facilidad te la concedo, concédeme perdon de aquesta culpa, que ya vuelvo. Yo estaba ya en el punto que has oído, los cursos casi pasados, la capellanía fundada para ordenarme, y tomar el grado dentro de tres meses. Esto era en febrero; las órdenes habian de ser por las primeras tómporas, y el grado á principio de mayo. Tenia esta rapaza decir y hacer; todo era gracia, y juntas las gracias todas eran pocas para con la suya. Toda ella era una baja de donaires; en cuanto hermosa, no sé cómo mas enca-recerte su belleza que callando; cantaba suavísimamente á una vihuela; tañíala con mucha destreza; tenia gran discrecion; era viva de ingenio y ojos; risa formaba con ellos donde quiera que los volvia, segun se mostraban alegres. Puse los mios en ellos, y parece que los rayos visuales de ambos, reconcentrados adentro, se volvieron contra las almas; conocíle afición, y creyóla de mí; desposeyóme del alma, y díjeselo á voces mirándola, empero la boca siempre callada, que nunca se abrió á otra palabra por entonces que á pedirle por merced, si me la querían hacer en convidarme; ofreciéronme toda, cada una su parte de merienda, y aun casi por fuerza me quisieron obligar á recibirla. Cuando les di las gracias de su buen comedimiento, hube (muy de mi grado y constreñido de ser mandado) de coger el manteo, y sentado encima, de alcanzar parte y no pequeña, porque me regalaban á porfia, siéndoles agradecido, haciendo la razon á los brindis, me valió por bastante cena. Cuando hubieron acabado, sacó la criada la vihuela que debajo del manto llevaba, y dándomela Gracia con toda la suya de su mano á la mía, me mandó que les tañese, porque querían bailar; hiciéronlo de manera, con tanta destreza y arte, y con tanta escelencia de bien mi prenda, que no me quedó alguna que allí no se rematase.

Cuando cansadas quisieron repasar un poco, volviendo á poner la vihuela en las manos de quien la recibí, supliqué que un poco cantase; y sin algun melindre, templándola con su voz, lo hizo de manera que parecia suspender el tiempo, pues no sintiéndose lo que se tardó en ello, llegó la noche. Hizose hora de volverse á sus casas; acompañélas todo el camino, trayendo á mi dama de la mano. Víme á los principios perdido, sin saber por dónde comenzar; hasta que conocida della mi cortedad ó temor, no sé si con cuidado trompezó del chapín; acudíle los brazos abiertos, y recebilla en ellos, alcanzándole á tocar un poco de su rostro con el mio. Cuando ya estubo en pié, lo tomé de allí, culpando á mis ojos de haberle hecho mal con ellos; respondiome de modo que me obligó á replicarle, y como la llevaba de mano, apretéla un poco, y riéndose dijo: que por mas que apretase no sacaria della jugo; de aquí tomé mayor atrevimiento en el hablar, de manera que, haciendo que nos quedáramos atrás por no poder mas andar, íbamos tratando de nuestros amores, digo yo de los mios, y ella riéndose de todo y tomándolo en pasatiempo.

Era taimada la madre; buscaba yernos, y las hijas maridos; no les descontentaba el mozo; diéronme cuerda

larga hasta dejarlas dentro de su casa, donde cuando llegamos me hicieron entrar en su aposento, que tenían muy bien aderezado: llegáronme una silla, hiciéronme descansar un poco, y sacándome una caja de conserva, me trujeron con ella un jarro de agua, que no fué poco necesaria para el fuego del veneno que me abrasaba el corazón; mas no aprovechó. Ya era hora de despedirme; hícelo, suplicándoles me diesen su licencia para recibir aquella merced algunas veces; ellas dijeron que se la haria en servirme de aquella casa, y conocerian en ello mis palabras cuando correspondiesen á las obras. Despedime, dejélas; no las dejé ni me fui, pues quedándome allí, llevé conmigo la prenda que adoraba. ¿Qué noche quereis que sea para mí esta? ¿Qué largas horas, qué sueño tan corto, qué confusión de pensamientos, qué guerra total, qué batalla de cuidados; qué tormenta se ha levantado en el puerto de mi mayor bonanza (dije)? ¿Cómo en tan segura calma me sobrevino semejante borrasca, sin sentirla venir ni saberla remediar? Perdido voy, incierta es la esperanza del remedio.

Pues ya cuando amaneció, que me fui á las escuelas, ni supe si en ellas entré, ni palabra entendí de cuanto en la lición dijeron; volvíme á la posada, sentéme á la mesa, y quedábanseme los bocados en la boca helados, con tanto descuido de lo que hacia, que puse cuidado á mis compañeros y admiracion en el pupilero, que creyó ser principio de alguna enfermedad gravísima, y no estubo engañado, pues de allí resultó mi muerte. Preguntóme qué tenia; no supe responderle mas de que sin duda el corazón se recelaba de algun gravísimo daño venidero; porque desde el día pasado lo sentia caído en el cuerpo, que casi no me animaba. Díjome que no fuese mendocino, ni diese á la imaginacion tales disparates; que olvidase abusiones, que aquello no era otra cosa que abundancia de mal humor, que presto se gastaria. Como ya yo sabia que no se medicinaba mi mal con yerbas, disimulélo, y dije, por no dar á sentir mi desdicha: «señor, así será, y así lo haré, mas mucho me fatiga.» Levantéme de la mesa, empero no de comer; y subiéndome á mi aposento, fué tanto lo que me apretó aquella congoja, que dejándome caer encima de la cama, la boca y ojos en el almohada, vertí por ellos mucha copia de lágrimas, enterrando los suspiros entre la lana. Sentíme con esto algo aliviado, y con el deseo de ver el médico de mi salud, tomando el manteo y dejando la lición, me fui á su casa.

No puedo en solas dos palabras dejar por decir, que no hay ejercicio alguno que no quiera ser continuado, y que faltarle un punto de su ordinario, es un punto que se suelta de una calza de aguja, que por allí se va toda. Con esta lición que perdí, perdí todos cuatro cursos y á mi con ellos; pues de una en otra dejé de continuarlas, no dándoseme por ellas un camino. Habíame ya matriculado amor en sus escuelas; Gracia era mi retor, su gracia era mi maestro, y su voluntad mi curso; ya no sabia mas que lo que quería que supiese: comencé riendo y acabé llorando; de burlas les pedí un bocado de la merienda, de veras lo hallé después atravesado á la garganta: fué de veneno que me quitó el entendimiento, y como sin él anduve mas de tres meses, dando de mí una grande nota, que un tan famoso estudiante quisiese así perderse; y movido el retor de lástima cuando lo supo, quiso ponerme remedio, y fué dañarme mas; que viéndome de todas partes apretado, y mas de mi pasión propia, reventé sin poderme resistir. Ya nuestros amores iban muy adelante, los favores eran grandes, las esperanzas no cortas, pues las dejaban á mi voluntad, queriendo recibirla por esposa. Troquemos plazas, y tome la mía el mas cuerdo del mundo; hállese sujeto de prisiones tan fuertes, y con tan justas causas para rendirse; siéntase acosado, queriéndoselo impedir, y deme luego consejo. No supe otro medio; dejélo todo, por lo que pensé que fuera mi remedio.